

## Axel Munthe: modelo de valores para la praxis neurológica actual

L.C. Álvaro

Servicio de Neurología. Hospital Universitario de Basurto, Bilbao; Departamento de Neurociencias, UPV/EHU, España.

### RESUMEN

**Introducción y objetivos.** Axel Munthe fue médico especialista en lo que llamó enfermedades de los nervios. Tuvo una formación privilegiada en París, con Claude Bernard, Pasteur y Charcot. Se relacionó con la intelectualidad (Henry James, Maupassant) y con la alta sociedad. Dotado de agudo sentido crítico y de enorme generosidad con los desfavorecidos, de su carácter y labor derivan valores que consideramos modélicos para la praxis actual. Nuestro objetivo es extraerlos de su obra autobiográfica *La historia de San Michele* y analizarlos junto a las patologías neurológicas descritas.

**Resultados.** Hemos encontrado: confrontación y apoyo terapéutico (sedación) ante la muerte inminente; resiliencia; capacidad ilimitada para inspirar confianza y para el consuelo, sencillez y accesibilidad; desprecio por las riquezas materiales; aceptación de la homosexualidad y comprensión de lo femenino. Su curiosidad y sentido crítico le llevaron a la incomprensión y ruptura con sus maestros, aunque en algunas patologías destacó y los superó. Brilló en: histerismo, hipnosis (restringida a indicaciones selectivas), parálisis general, dolor, semiología de alucinaciones visuales, alcoholismo y toxicomanías.

**Conclusión.** Personaje destacado de la medicina e intelectualidad, su sentido crítico y rebeldía ante el poder y abuso científico le ocasionaron dificultades que supo superar. Mostró empatía por condiciones marginales de su tiempo. Enseñó el acompañamiento y tratamiento del dolor de la muerte, supo transmitir confianza y antepuso el esfuerzo clínico a la riqueza material. Son valores que mantienen vigencia en la relación médico-enfermo.

### PALABRAS CLAVE

Axel Munthe, neurología, enfermedad, valores

### Introducción y objetivos

Las relaciones entre medicina y literatura son muy antiguas e interactivas. Para la medicina resultan reveladoras de aspectos históricos, clínicos y sociales que sin duda enriquecen la investigación histórica, la mejor praxis y el conocimiento y denuncia de las carencias socio-sanitarias de la época tratada. Para la literatura han resultado fuente de inspiración, cuando no de documentación en narraciones del nivel más elevado<sup>1</sup>.

La enfermedad, ya sea vista desde el ojo fotográfico del observador realista, ya vivida o evocada por el narrador, conlleva una esencia literaria y dramática que ha sido utilizada como trasunto de las más variadas narraciones. Las corrientes literarias realistas y naturalistas del siglo XIX son el mejor ejemplo<sup>2-5</sup>.

Avanzado ese siglo XIX, se entra de lleno en la época moderna de la medicina: la de la medicina científica. Tal progreso constituye un paso de gigante, al pasar por fin del empirismo y la tradición hipocrática a la medicina experimental. En Europa, París se convierte en el centro neurálgico de la medicina y de la neurología más avanzada. Es precisamente aquí donde se publica, en 1865, el que será el manual que establezca y defina con nitidez los fundamentos de la medicina científica, que debe estar siempre basada en la observación y en la experimentación. El autor de la obra es Claude Bernard, sin duda padre de la medicina moderna<sup>6</sup>.

Axel Munthe, médico y solo tardíamente escritor, se forma en París en esos años, y cuenta entre sus maestros con Claude Bernard, además de con Pasteur o con Charcot. Tales maestros y ambiente le convierten en un

privilegiado de su tiempo y le garantizan una formación sólida, que le dio rápido prestigio. De origen sueco (Oskarshamn 1857-Estocolmo 1949), recaló en Menton, Francia, a los 19 años. En realidad, buscaba un clima que facilitara la curación de una tuberculosis pulmonar, lo que en efecto logró. Estudió Medicina y se graduó en París en 1880, logrando ser el médico más joven de Francia. Al poco comenzó a ejercer en su consulta privada, ejercicio que pronto le llevaría a constituirse en el preferido de nobles y acaudalados, especialmente de mujeres afectas de 'enfermedades de los nervios', su especialidad reconocida, aunque como él mismo decía nada les pasaba y nada se podía hacer por ellas. Eran las histéricas de su maestro Charcot, con el que tuvo diferencias de criterio tan importantes en cuanto al manejo y utilidad de la hipnosis, que terminarían por llevar a una ruptura entre ambos<sup>7</sup>.

Tenemos la suerte de disponer del relato de sus más importantes vivencias médicas, materializado en *La historia de San Michele*<sup>8</sup>, en *Lo que no conté en la historia de San Michele*<sup>9</sup> y *Cruz roja y cruz de hierro*<sup>10</sup>, las últimas descriptivas de sus experiencias en la peste de Nápoles y en la Gran Guerra. Nos centraremos en la primera, su obra más lograda e informativa.

En *La historia de San Michele* encontramos valores que resultan modélicos para el médico. También descripciones de patología y perfil de personajes-enfermos que son documentos históricos en sí mismos. Este es precisamente nuestro objetivo: extraer los valores y las descripciones clínicas que hemos considerado de utilidad con fines de análisis y de documento histórico, como tales poseedoras de valor didáctico y ético-humanístico.

### Métodos

Se ha realizado una lectura de la obra *La historia de San Michele*, de Axel Munthe, en versión española a partir del original de 1929. Se han buscado: 1. Valores, entendidos como cualidades positivas de las personas que las hacen estimables, según dicta el *Diccionario de la Real Academia Española* en una de las acepciones del término<sup>11</sup>. Dicho con más propiedad y siguiendo a Ortega, valor sería aquella condición, irreductible a las demás categorías, algo nuevo, distinto y único en el ser<sup>12</sup>. En realidad, las cosas carecen de valor, que emanaría de las personas y que lo convierte en deseable. 2. Descripciones clínicas o terapéuticas, particularmente (aunque no exclusivas) las que tienen interés neurológico o en la frontera neuropsiquiátrica.

## Resultados

### Valores

#### 1. Posición ante la muerte: confrontación y apoyo

Munthe reclama valentía para enfrentarse a la muerte, de la que desde muy joven quiso saberlo todo. La afrontó a gran escala, en Nápoles, Capri o Verdún, en catástrofes naturales o bélicas a las que acudió voluntariamente, en primera línea, en pelea directa y obsesiva, empeñado en salvar vidas arrebatándoselas de sus manos a la muerte. La intuye con sentido entre lo puramente psicológico y lo clínico (respiración agónica, con fases de Cheyne-Stokes). Cuando la situación se hace irreversible, considera Munthe que debe ayudarse a bien morir. Para ello, recurre a sedantes y particularmente a morfina, en una posición que supone sentar una indicación de lo que hoy llamaríamos sedación terminal, encaminada a tratar síntomas refractarios en situaciones consideradas terminales e irreversibles:

... la capa de nieve bajo la cual estaba sepultado... Percibí una sensación imprecisa que se abrió camino lentamente a través de mi entumecido cerebro... La reconocí de súbito: era mi vieja pasión, mi incurable curiosidad de saber todo cuanto pudiera saberse de la muerte. Al fin se me presentaba la oportunidad... Creo que fue este último vestigio de mi mentalidad habitual, mi curiosidad por la muerte, lo que me salvó la vida<sup>8</sup> (p270).

... en Nápoles... en Mesina... en Verdún... solo viéndola operar a tan vasta escala empecé a comprender algo de su táctica guerrera. Es un estudio fascinador, lleno de misterio y contradicciones... La batalla está regulada en sus más mínimos detalles por una inmutable ley de equilibrio entre la vida y la muerte... Muerte, donadora de vida, destructora de vida, principio y fin<sup>8</sup> (p182).

Durante la noche, a los hombres condenados (por la rabia) se les había ayudado a morir sin dolor<sup>8</sup> (p102).

Para el autor, la muerte iba asociada inequívocamente a sufrimiento, no solo psicológico, sino ante todo físico. Era deber del médico acompañar al enfermo hasta el último instante. Criticó con dureza a los 'grandes' como Charcot, que ignoraban este aspecto tan crítico, a la vez que consideraba privilegiados a los que alcanzaban la muerte sin sentirla:

Charcot... Le dejaban indiferente los sufrimientos de sus enfermos y se interesaba muy poco por ellos, desde el día en que establecía el diagnóstico hasta el de la autopsia<sup>8</sup> (p265).

... la más grande bendición que puede concederse a los vivos: la de morir durmiendo<sup>8</sup> (p390).

## 2. Capacidad ilimitada para el consuelo y resiliencia

Munthe supo siempre transmitir confianza a sus enfermos. Su bondad, generosidad y grandeza de espíritu se translucían en su labor clínica. Pudo así tener grandes éxitos entre sus pacientes histéricas, pero también entre pacientes con patologías muy severas y variadas. Resistía los envites de la enfermedad grave y avanzada, y este aguante, que hoy los psicólogos llaman resiliencia, lo contagiaba al paciente. En este aspecto marcaba diferencias con sus colegas y fue el origen de parte de su celebridad. Él mismo consideraba que “no había sido un gran médico, pero si un médico de mucho éxito, sencillamente doy confianza”<sup>13</sup>. Esta capacidad le permitía curar por lo que él mismo llamaba sugestión, aunque con criterios de hoy estaríamos ante el efecto basado en las expectativas, es decir, el efecto placebo. Es más común en los trastornos emocionales, aunque no exclusivo de ellos, como el propio Munthe pudo verificar. Así expone estos valores en varios fragmentos:

No era buen médico... Pero no cabía duda de que era un médico triunfante. ¿Cuál es el secreto del éxito? Inspirar confianza. ¿Y qué es la confianza?... Lo ignoro; solo sé que no se puede adquirir leyendo libros, ni al lado del lecho de nuestros enfermos. Es un don mágico dado a un hombre por derecho de nacimiento y negado a otro. El doctor que tiene ese don casi puede resucitar a los muertos; el que no lo tiene habrá de resignarse a ver llamar a consulta a un colega hasta para un simple sarampión<sup>8 (p86)</sup>.

Porque tampoco entonces parecía yo temer la responsabilidad. Más adelante descubrí que ese había sido uno de los secretos de mi éxito. Otro secreto era, naturalmente, mi constante suerte, más asombrosa que nunca<sup>8 (p243)</sup>.

Le puse la mano en la frente y dije que la crisis (de angor) pasaría enseguida. Un minuto después desaparecía de los ojos el terror... Cuatro días después tuvo otro ataque, al parecer igual, pero falleció en menos de cinco minutos. Tú tratas siempre de explicar a tus enfermos lo que tú mismo no puedes explicarte. Olvidas que todo es cuestión de fe, no de sabiduría, como la fe en Dios. La Iglesia católica nunca explica nada y sigue siendo la fuerza más poderosa del mundo<sup>8 (p185)</sup>.

En los textos comprobamos, primero, cómo asume su quehacer clínico con enorme sentido de responsabilidad. Para él, el resto lo hace la suerte y un don otorgado, no aprendido, que describe como la capacidad para dar confianza. Lo cierto es que la transmite, con lo que se constituye en valor según la definición dada. El paciente la siente y el efecto, la sugestión o placebo se hace palpable. Quedaban muchos años para que se inventara la medicina basada en la evidencia y las relaciones

médico-paciente obedecían a un modelo más protector o paternalista, en el que el prestigio personal del médico, más que de la institución, era parte muy esencial de su tarea.

## 3. Mostrar sencillez y accesibilidad

No resultaba fácil compatibilizar ese modelo de paternalismo con mostrarse sencillo y a la vez accesible al paciente, sobre todo con los más humildes, a los que tanto esfuerzo humano y clínico dedicó Munthe. Fue muy consciente de que la fama y las modas jugaban en contra de la profesión, y cuando se percató de que era víctima de ellas, supo reconocerlas y afrontarlas. No dudó en ocultar su condición de médico para llegar a ser aceptado y así poder entender a los grupos más desfavorecidos. Admiró al antiguo médico de familia, al que reconocía todas estas virtudes, como una especie ya en su tiempo a extinguir. Sus hábitos de vida, austeridad y modestia le empujaban a ello. Y es gracias a estas cualidades como consigue llegar a sentir la humana empatía que le hace entender al otro, a tener piedad y así, como un auténtico pionero clínico, a ayudarlo a bien morir. Lo ilustra el texto:

Si os encontráis con un doctor de moda, observadlo atentamente desde una prudente distancia, antes de confiaros a él. Quizá sea un buen médico, pero en muchísimos casos no lo es. En primer lugar, porque invariablemente está demasiado ocupado para escuchar con atención vuestra larga historia. En segundo lugar, porque está invariablemente destinado a convertirse en un snob, si no lo es ya; a dejar pasar a la condesa antes que a vosotros... Y en tercer lugar, porque... pronto se volverá indiferente e insensible a los padecimientos ajenos, como la gente ávida de placeres que le rodea<sup>8 (p87)</sup>.

... el viejo doctor Erhardt, uno de los mejores médicos y uno de los hombres más buenos que he conocido... Su reputación había resistido más de cuarenta años... Aunque pasaba de los setenta, estaba en plena posesión de su vigor físico y mental; iba de un lado a otro día y noche, siempre dispuesto a la ayuda; ricos y pobres eran iguales para él. Era el tipo clásico de médico de familia de los tiempos pasados, hoy casi extinguido, con grave perjuicio para la humanidad doliente<sup>8 (p36)</sup>.

Sin piedad no se puede ser buen médico<sup>8 (p87)</sup>.

## 4. Desprecio de las riquezas y austeridad en el vivir

El médico sueco se reconoció afortunado en muchos aspectos, también en el económico. No obstante, nunca quiso amasar riquezas. La construcción de su mansión de San Michele la hizo siendo él mismo el arquitecto, con

recursos y ayuda locales y un presupuesto realmente bajo<sup>14</sup>. La entrega a su tarea, especialmente con los más humildes, en Nápoles, San Michele y área de Capri, Laponia o Verdún la realizó con total desprendimiento. Supo reconocer que los grandes recursos los requería el alma, no el cuerpo, y que la felicidad de las formas más simples y puras de vida era una escuela de aprendizaje para la vida y para la muerte, a cuyo estudio tanto esfuerzo dedicó:

Lo verdaderamente indispensable puede comprarse con poco dinero; solo lo superfluo se vende caro. Lo verdaderamente bello nunca se vende, sino que es ofrecido como don por los dioses inmortales... El pobre duerme mejor que el rico. La comida sencilla prueba a la larga mejor que la del Ritz. El contentamiento y la paz del espíritu prosperan mejor en una casita de campo que en un suntuoso palacio de la ciudad<sup>8 (p352)</sup>.

## 5. Comprensión con la homosexualidad

Munthe piensa en la homosexualidad como una variante natural del instinto sexual. Es consciente de un aumento de esta condición en la sociedad de su tiempo. Creyendo que es congénita, no puede sino atribuir este supuesto incremento de incidencia a factores ambientales, que introducirían nuevas variantes humanas en la decadente especie del *Homo sapiens*. El resultado podría ser una mejora del hombre actual:

La inversión sexual es difícil de vencer. En muchos, sino en la mayoría de los casos, no puede considerarse como una enfermedad, sino como una desviación del instinto sexual, natural en ciertos individuos en quienes una intervención energética suele hacer más mal que bien... La actual fórmula de la ley se basa en una mala inteligencia de la desagradable situación, entre nosotros, de esa numerosa clase de personas. No son criminales, sino simples víctimas de una momentánea distracción de la madre naturaleza, acaso en el instante de su nacimiento o en el de la concepción. ¿Cuál es la explicación del enorme aumento de la inversión sexual? ¿Es la naturaleza, que se venga de la muchacha masculinizada de hoy sacando de sus escurridizas caderas y de sus senos lisos un hijo afeminado? ¿O quizás somos los asombrados espectadores de una nueva fase de evolución, con una amalgama gradual de los dos distintos animales en uno nuevo hasta ahora desconocido, último superviviente de una raza condenada en un agotado planeta, eslabón perdido faltante entre el *Homo sapiens* de hoy y el misterioso Super homo de mañana?<sup>8 (p288-9)</sup>.

El autor, consecuente con sus ideas, es escéptico en lo que se refiere a la eficacia de los tratamientos de moda en la 'cura' de la homosexualidad. Él mismo se considera un

especialista de enfermedades de los nervios, más que un hipnotizador, aunque conoce bien la técnica y recurre a ella cuando han fallado otros remedios. Es en esta situación en la que decide tratar con hipnosis un caso remitido para su evaluación, nada menos que por Charcot y por el profesor Krafft-Ebing desde Viena, incapaces de hipnotizarlo. Por descontento que Munthe consiguió hipnotizarlo con facilidad, gracias a su capacidad de sugestión. Enfermo y médico quedaron convencidos del éxito del procedimiento, aunque un tiempo después la realidad desmiente su esperanza inicial:

Apenas me habían salido las palabras de la boca, se le cerraron los párpados con un ligero estremecimiento y cayó en profundo sueño hipnótico en menos de un minuto... Pareció ir todo bien... Lo perdí de vista. Un año después supe, por pura casualidad, que se había suicidado<sup>8 (p292)</sup>.

Sus ideas y convicciones sobre esta condición sexual van cambiando, como veremos después que lo hacen las de la eficacia e indicaciones de la hipnosis. Aceptada como una condición natural y congénita, no procederían tratamientos médicos:

Si este hombre infeliz me hubiera consultado años más tarde, cuando yo tenía más conocimientos de la inversión sexual, jamás hubiera intentado la imposible tarea de curarle<sup>8 (p293)</sup>.

## 6. Respeto a la mujer

La biografía del escritor está llena de pasiones y de relaciones amorosas, aunque nada diga de ello en *La historia de San Michele*. Se le atribuye incluso una relación con la reina de Suecia, que pasaba temporadas en San Michele. A ella le dedicó su libro. No obstante, no existen pruebas de la relación pasional de la reina con Munthe, aparte de los comentarios y habladurías de los personajes locales, transmitidos a algunos estudiosos del escritor<sup>14</sup>. Su posición con respecto a la mujer es distante y respetuosa en el plano intelectual:

Las mujeres no son menos inteligentes que los hombres; comúnmente, tal vez lo son más. Pero su inteligencia es distinta... La diferenciación de los sexos es ley inmutable de la naturaleza que atraviesa toda la creación para diferenciarse aún más con el mayor desarrollo de los tipos<sup>8 (p187)</sup>.

El texto continúa con el tema, para volverse ambiguo al atribuir a las mujeres una capacidad más limitada para la excelencia y la gran creatividad, ya sea en ciencia o en arte. En cambio, está convencido del mayor valor de la mujer, de su mayor resistencia ante la adversidad y de su espíritu de entrega. Su capacidad amorosa es considerada

más generosa y humana que la masculina, que es esencialmente instintiva, animalizada:

En general, creo a las mujeres mejores que a los hombres... Son mucho más valerosas, afrontan las enfermedades y la muerte mucho mejor que nosotros, tienen más piedad y son menos vanidosas... El amor es para la mujer mucho más que para un hombre; lo es todo. Y menos cuestión de los sentidos de lo que el hombre suele creer. Una mujer puede enamorarse de un hombre feo y aun de un viejo que sepa despertar su imaginación. Un hombre no puede enamorarse de una mujer si esta no despierta su instinto sexual que, contrariamente a la intención de la naturaleza, en el hombre moderno sobrevive a la virilidad<sup>8 (p186)</sup>.

Con su entrega y compromiso, la mujer mantiene su cariño hasta el final, contrariamente al hombre, que al morir el instinto sexual con la pareja sería sólo contenido gracias a los códigos morales:

El amor mismo es de corta duración, como una flor. En el hombre, muere de muerte natural con el matrimonio; en la mujer, sobrevive hasta el fin, transformado en puro cariño materno por el caído héroe de sus sueños. Las mujeres no pueden comprender que el hombre es polígamo por naturaleza. Puede someterse por fuerza a nuestro reciente código de moral social, pero su irreducible instinto está sólo adormecido<sup>8 (p187)</sup>.

## Patologías

Munthe se forma en la vanguardia de la medicina de su época, en un momento en el que se desarrollan especialidades médicas de la mano de figuras punteras como Charcot, que consigue la primera cátedra de Neurología. El momento y lugar invitan a que la neurología, mal diferenciada entonces de la psiquiatría, se interese por un perfil de enfermos en los que aparece una plétora de síntomas considerados nerviosos, de origen incierto y de pronóstico desfavorable. Es a este grupo de pacientes, predominantemente mujeres, al que Munthe debe su fama. Las histéricas de la Salpêtrière son un auténtico espectáculo, que atrae no solo al mundo médico, sino al social o literario del París de noctámbulos, reunidos al final de la fiesta para presenciar las famosas lecciones de los martes<sup>15</sup>. Allí podía verse, además de a Freud, a Munthe o los discípulos más conocidos de Charcot, a Maupassant, a Zola o a políticos y nobles del momento. Este ambiente, que Munthe nos describe con capítulo propio, es sin duda el que hace que se convierta en especialista de los nervios, como él mismo se llamaba. La experiencia y su espíritu independiente y creativo le

llevarán luego a volverse crítico con el pensamiento y el manejo que se hacía de estas pacientes. Constituyen el grueso de sus descripciones, que pasamos a considerar.

### 1. Histerismo

Las referencias son repetidas. Desde el comienzo del libro están presentes personajes reales de la nobleza, afectas de síntomas múltiples e imprecisos (cansancio, malestar, apatía, tristeza, cefalea o dolores mal perfilados). Reclaman atención mantenida y exigente y terminan por ser tan solícitas que acaban por enamorarse de su doctor. Era un eufemismo de la época diagnosticar colitis a estas pacientes, que podían ver satisfecha su ansia de enfermedad y cuidados. Si esto ocurría en el ámbito privado de las selectas consultas parisinas, en el ambiente hospitalario se prestaba gran atención a este mismo grupo de pacientes procedentes de los ambientes más humildes. Aquí eran llamados histéricos y sometidos a tratamientos de hipnosis.

Munthe conoce bien estos trastornos. Sabe reconocer las fases de la transferencia hasta llegar a la de enamoramiento, manifestada frecuentemente con el envío de cartas y fotos. Ya se lo había anticipado el propio Charcot. En realidad, Munthe no apreciaba a estas pacientes. Era muy consciente de sus rasgos de personalidad como factor esencial en la génesis de los síntomas y sabía que era muy poco lo que se les podía ofrecer. Se consideraba destinado a labores médicas más importantes, donde de verdad le necesitaban, en las bolsas de pobreza de la periferia de las grandes urbes o en las grandes catástrofes:

Las docenas de indisciplinadas y desquiciadas señoras que me transmitía el profesor Weir Mitchell... El profesor Krafft-Ebing de Viena... Y el maestro de la Salpêtrière, si bien [Charcot] nunca con una palabra escrita. Pero no es fácil tener paciencia con las mujeres histéricas, y en cuanto a ser amable con ellas hay que pensárselo dos veces antes de serlo demasiado, pues no desean otra cosa. Generalmente, se puede hacer muy poco por estos enfermos... Permanecen siendo lo que son, un confuso complejo de desórdenes mentales y físicos, una peste para sí mismo y para sus familias, una maldición para sus médicos<sup>8 (p369)</sup>.

Tenía otros muchos intereses en mi vida que el curar ricos americanos y tontas damas neuróticas<sup>8 (p300)</sup>.

A pesar de toda su crítica y escepticismo, su capacidad para diagnosticar y tratar a estos enfermos es extraordinaria. Lo saben bien las mayores celebridades médicas de París, Berlín, Viena o Roma, que le envían pacientes ilustres, que a su vez acrecientan su fama, hasta el punto de

visitarle acaudalados norteamericanos en su consulta de Roma. Dos ejemplos notables de este éxito lo constituyen la curación de una paraplejía y el final teatral de un falso embarazo:

La señora P. llevaba tendida boca arriba casi tres años, a consecuencia de una carrera de caballo... Había consultado incluso a Charcot... Me convencí de que un choque, no una lesión orgánica de la columna dorsal, había causado la parálisis de sus miembros, y de que la fe y el masaje la pondrían bien en un par de meses. Le dije lo que ningún otro se había atrevido a decirle, y mantuve mi palabra. Mejoró aun antes de haber empezado el masaje, en menos de tres meses... Fue vista descender del coche... y pasear... Aquello fue considerado como un milagro<sup>8 (p315)</sup>.

De pronto, palideció y se quedó completamente inmóvil con las manos apretadas contra el vientre, en actitud de protección... Salté de la silla y la miré con atención. De pronto reconocí aquella faz: la conocía muy bien; no en vano había pasado quince años de mi vida entre mujeres histéricas de todos los países y de todas las edades. Le dije severamente que se enjugara las lágrimas, que se calmase y que me escuchara sin interrupción... Por último le dije, del modo más amable posible, que no estaba encinta ni mucho menos. Se levantó rápida del sofá, con el rostro encendido de rabia, y se precipitó fuera de la estancia, gritando a más no poder...<sup>8 (p326-7)</sup>.

Esta paciente desencadenó todo un altercado entre la alta sociedad médica romana, que debatió sobre la realidad del embarazo con posturas enconadas. Cruzaron el umbral estrictamente médico, de modo que el debate y las apuestas llegaron a la sociedad lega pero cultivada, con tintes realmente cómicos.

## 2. Hipnotismo

Son famosas las representaciones de hipnotismo de los martes en el gran Anfiteatro de la Salpêtrière, con la presencia obligada de todos los discípulos de Charcot, además de actrices famosas, periodistas, escritores y *demi-mondaines*, morbosamente curiosos del fenómeno. Se repetía este a lo largo del día como ensayo, en los pabellones del centro, para ejercicio de discípulos, que mantenían a las pacientes en estado de semiletargo. Munthe es muy consciente de la teatralidad del acto. Sabe bien lo que es la hipnosis, porque se ha molestado en estudiarla con sentido crítico: ha contrastado sus conocimientos de la Salpêtrière con los de la Escuela de Nancy, que dirige el profesor Bernheim, despreciado sin recato por Charcot. La aceptación tan generalizada de la hipnosis de Charcot por el resto de sus discípulos y por la sociedad parisina en general no puede ser entendida sino como un fenó-

meno de sugestión, de hipnosis generalizada. Así lo cree Munthe, que no oculta sus críticas hacia lo que ve en París:

Para mí, que durante años había empleado la mayor parte de mi tiempo libre en estudiar el hipnotismo, aquellas representaciones en el escenario de la Salpêtrière ante el público del *tout* París no eran más que una absurda farsa, una inextricable mezcla de verdad y de embrollo. Algunos sujetos femeninos eran, sin duda, verdaderos sonámbulos que ejecutaban en estado de vela los diversos actos que les habían sugerido durante el sueño (sugestiones posthipnóticas). Muchas eran simples farsantes que sabían lo que de ellas se esperaba, contentas de ejecutar sus diversos trucos en público, engañando a los médicos y al auditorio con la sorprendente astucia de las histéricas. Siempre estaban dispuestas a *piquer une attaque*, la clásica *grande hystérie* de Charcot con el subsiguiente *arc-en-ciel*, o a exhibir sus tres famosas fases del hipnotismo: letargo, catalepsia y sonambulismo, inventadas todas por el maestro y rara vez observadas fuera de la Salpêtrière... Condeno aquellas representaciones de gala de los martes en el anfiteatro como anticientíficas e indignas de la Salpêtrière<sup>8 (p278)</sup>.

No necesitamos citar los ejemplos aparatosos que presencia el público. A Munthe, criticarlas e intentar salvar a una paciente de las sesiones, del semiletargo y del final natural en un *salle des agités* o manicomio le supuso caer en desgracia con Charcot. No le ocultó aquel su pensamiento, que este escuchó, para terminar diciendo un *assez, monsieur!*, sus últimas palabras juntos.

Munthe ha trabajado bien las bases naturales y la práctica de la hipnosis. De ahí que conozca las limitaciones, indicaciones y expectativas con la técnica:

En cuanto a mí, que nunca he sido lo que se llama un hipnotizador, sino un especialista de enfermedades nerviosas obligado a usar esta arma cuando eran inútiles otros remedios, he obtenido con frecuencia resultados maravillosos de ese todavía mal comprendido método de curación. Trastornos mentales de varias clases, con pérdida de voluntad o sin ella; alcoholismo, morfomanía, cocainomanía, ninfomanía, pueden curarse, en general, por ese medio... El gran beneficio derivado de la anestesia hipnótica en las operaciones quirúrgicas y en los partos es hoy reconocido por todos. Y aún es más sorprendente el efecto beneficioso de este método en la más dolorosa de todas las operaciones que, por regla general, debe soportarse sin anestesia: la muerte<sup>8 (p288-9)</sup>.

El autor describe sus experiencias de asistencia en masa a soldados moribundos durante la Gran Guerra de 1914, que expiraban relajados y casi sin darse cuenta. Cree que la hipnosis es posible en todos los sujetos, no solo en los

históricos, y que no es posible realizarla a distancia. Desmitifica las actividades que un sujeto pueda realizar bajo la misma, puesto que en realidad solo llevará a cabo aquellas que pueda hacer en la vigilia plena. De todas formas, reconoce los riesgos de la misma, convencido de que por ello deberían prohibirse las sesiones en público.

### 3. Parálisis general

La enfermedad, muy conocida en la época y presente en monografías traducidas precisamente del francés<sup>16</sup>, hizo mella en ilustres del momento, a los que conoció bien Munthe por ser su médico y amigo. Mención especial merece Guy de Maupassant<sup>17</sup>:

Precisamente fue en aquellas conferencias [*Leçons du mardi*] donde conocí a Guy de Maupassant, ya entonces famoso... Solíamos charlar largo y tendido sobre hipnotismo y toda clase de perturbaciones mentales, y no se cansaba de sonsacarme lo poco que yo sabía de aquellas materias. Quería saberlo todo sobre la locura, pues estaba reuniendo entonces el material para su terrible libro *Le Horla*, cuadro fiel de su mismo trágico futuro... Hasta dónde era él responsable de sus actos es otro asunto. El temor que asediaba a su inquieto cerebro día y noche se traslucía ya en sus ojos (al menos yo lo consideré ya entonces un hombre perdido). Sabía que el sutil veneno de su misma Boule de Suif había comenzado ya su obra de destrucción en aquel magnífico cerebro... Dos meses después vi a Guy de Maupassant en el jardín de la Maison Blanche, en Passy, el conocidísimo manicomio. Paseaba apoyado en el brazo de su fiel amigo François, arrojando chinitas a los parterres, con el ademán de *Le Semeur de Millet*. - Mira, mira -decía-, en primavera crecerán todas, como otros tantos pequeños Maupassant... con tal que llueva<sup>8</sup> (p273-4, 276).

Los lectores de Maupassant saben que Boule de Suif era un personaje de uno de sus más entrañables relatos, en realidad una prostituta, con todos los signos de padecer una neurosífilis<sup>18</sup>. Que Maupassant la padecía también ha sido sobradamente analizado, siendo Munthe una de las fuentes más fiables, por su condición y cercanía con el escritor. Su final, tan delirante, no puede ser más literario.

Otro personaje ilustre afecto de neurosífilis fue el cónsul sueco en París, afecto de un delirio de grandeza y tratado por el Dr. Blanche, al que inmortalizara Van Gogh, en Passy:

A medianoche recibí una llamada urgente de la señora. Me abrió la puerta el mismo cónsul, en camisa de dormir. Dijo que la cena había sido aplazada para esperar la llegada del rey de Suecia y del presidente de la República Francesa, que acababa de concederle la Gran Cruz de la Legión de Honor. Añadió que había comprado en aquellos días el Petit Trainon para residencia veraniega de su familia.

Estaba furioso con su mujer porque aún no se había puesto el collar de perlas de María Antonieta que le había regalado; llamaba a su hijito *Le Dauphin* y se anunciaba como Robespierre... *Folie de Grandeur!* De pronto, mi pobre amigo se volvió violento y hube de encerrarlo con llave en su dormitorio... Por la mañana fue llevado al Dr. Blanche, en Passy. El famoso alienista sospechó desde el primer momento la parálisis general. Dos meses después el diagnóstico era claro; el caso era incurable<sup>8</sup> (p252-3).

### 4. Alucinaciones y otros trastornos visuales perceptivos

Existen descripciones detalladas de la visión del autor de sí mismo, en persecución, diálogo y hasta discusión con el Munthe real. Son fenómenos de autoscopia, especialmente evidentes en situaciones de estrés y fatiga, muy de moda en la época con el fenómeno del doble. Hay relatos que abordan el tema en Maupassant<sup>18</sup> o en Henry James, también amigo de Munthe, además de en Dostoievski y otros grandes de la literatura del XIX. Es muy plausible que influyeran en nuestro personaje, de cultura y formación amplia y exquisita. Su interpretación y análisis sobrepasan los objetivos de este trabajo<sup>19</sup>. Así lo describe en *La historia de San Michele*:

Pues bien, el mismo día tuve allí otra consulta para otro caso mucho más grave: un hombre esta vez. Ese hombre era yo mismo, o mejor dicho mi doble, mi *Doppelgänger*, como le llamaba Heine. Escucha amigo mío -dije a mi *Doppelgänger* cuando dejábamos el St. James Club del brazo- quiero examinarte detenidamente por dentro... Es una buena ocasión para ti que tanto gustas de las cosas bellas; estos son los comercios más ricos de Londres... Cualquiera cosa que te guste poseer te será entregada en cuanto manifiestes el deseo de tenerla... Dijo que nada quería de cuanto había visto en Bond Street, excepto, tal vez, el pequeño terrier escocés que estaba acurrucado ante Asprey... Volvimos a París la mañana siguiente... Desde entonces no ha dejado casi nunca la Avenue de Villiers [lujosa zona donde se asentaba la vivienda y consulta de Munthe]... Durante la noche viene e inclina la cabeza sobre mi almohada, suplicándome, por amor de Dios, que acabe con él; dice que no puede soportarlo más<sup>8</sup> (p301-3).

Son evidentes las resonancias autobiográficas de su doble: desapego por lo material, amor a los animales, capacidad de esfuerzo, tedio y depresión.

Muy relacionado con ese fenómeno visual, hemos encontrado también distorsiones visuales perceptivas. Se trata de percepciones visuales de figuras de diferente complejidad, que habitualmente ocurren en lugares o en horas de oscuridad, vinculadas con el contenido mental del paciente y frecuentes de hecho en la población general<sup>20</sup>.

Así ocurre en el texto:

Muchas veces, mientras estaba allí sentado, me parecía ver vagar, bajo las bóvedas aún no terminadas de la galería inferior, una figura alta, con un largo manto, examinando atentamente el trabajo del día, probando la resistencia de la nueva estructura, inclinándose sobre los rudimentarios contornos dibujados por mí en la arena. ¿Quién era el misterioso inspector?, ¿El venerable San Antonio en persona?... ¿O era el tentador de mi juventud que, doce años antes, se me había acercado en aquel mismo lugar y me había ofrecido su ayuda a cambio de mi porvenir? Estaba tan oscuro que ya no podía verle el rostro<sup>8 (p308)</sup>.

## 5. Dolor

El dolor como experiencia está presente en los momentos de sufrimiento que acompañan a sus pacientes, particularmente en la muerte, con la que mantuvo tantos pulsos, ganados unos, perdidos otros, pero siempre intentando que fuera sin dolor. Situaciones específicas que merecen consideración propia son la ciática, para la que propone un original tratamiento con masajes, a la sazón realmente pionero. En realidad, se le ocurrió al observar las inmensas manos de un colega y amigo, que por lo demás andaba escaso de pacientes y de recursos. Fue un éxito para ambos:

Me había dicho que el duque padecía de ciática, que no le sostenían las rodillas, que casi no podía andar, que había consultado en vano con los principales cirujanos de París. Añadí que me había atrevido a volver para decirle que, si no me equivocaba, el duque podría ser curado con masaje. Un compañero mío, una gran autoridad en materia de ciática y de masaje, se hallaba actualmente en París... Guéneau Mussy que, como casi todos los médicos franceses de su época, casi nada sabía de masaje, aceptó en el acto... Un rápido examen nos demostró claramente a ambos que era en verdad un excelente caso para el masaje y los movimientos pasivos... Al cabo de quince días leí en *Le Figaro* que el famoso especialista sueco Dr. Norstrom [su amigo y colega], de reputación mundial... Era una curación maravillosa. El Dr. Norstrom asistiría también al duque de Montpensier, derrengado desde hacía muchos años... Les tocó luego el turno a la princesa Matilde, seguida pronto por Don Pedro de Brasil, un par de grandes duques rusos, una archiduquesa austríaca y la infanta Eulalia de España<sup>8 (p296-7)</sup>.

Ciertamente, su amigo no era famoso. La habilidad de Munthe para hacerse pasar por amigo de un colega experto y, no menos importante, su ventaja sobre sus colegas franceses al estar al tanto de un tratamiento ya ensayado con éxito<sup>21</sup>, le permitió que su amigo se consagrara de verdad. Su puesta al día y capacidad de estudio quedaron patentes ya en sus años de estudiante.

## 6. Alcoholismo y otras toxicomanías

La literatura realista nos ha ilustrado bien sobre el alcoholismo como enfermedad casi epidémica entre las clases humildes de la época. Era un estigma propio de los más desfavorecidos, que definía uno de los rasgos que estableciera la teoría degenerativa como propio de las estirpes marcadas por ella y condenadas a la extinción<sup>5</sup>. En Munthe hallamos el alcoholismo como un trastorno del otro extremo social, en concreto en un colega cirujano. El cirujano poseía un mono, Billy y ambos estaban alcoholizados. Lo cuenta Munthe con humor y una pizca de ironía, al conseguir salvar al mono primero de una quemadura y luego de su alcoholismo:

La cirugía era su especialidad; en efecto, no había otro cirujano entre los médicos extranjeros... El viejo doctor confiaba mucho en el whisky para tener firme la mano antes de una operación. A juzgar por el número de botellas vacías que había en un rincón de la terraza, su clientela quirúrgica debía de ser muy considerable. ¡Ay! Los dos estaban alcoholizados... El doctor me dijo que el whisky era el mejor reconstituyente para los monos... Lo curé de dipsomanía y llegó a ser, por muchos conceptos, un mono muy decente<sup>8 (p320-3)</sup>.

Las drogas, ya fueran usadas como estimulantes, como elementos de búsqueda de experiencias sensoriales nuevas o como puro estar a la moda, eran comunes en los ambientes selectos que frecuentaba el autor. Así lo dice al hablar, por ejemplo, de Maupassant, cuyas experiencias de desdoblamiento sensorial también cita, aunque no aclara si son consecuencia de las drogas o de la parálisis general que describimos más atrás:

Producía siempre, con velocidad febril, una obra maestra detrás de otra, estimulando su excitado cerebro con champaña, éter y toda clase de drogas<sup>8 (p275)</sup>.

Un día me contó que, mientras estaba en su escritorio muy atareado escribiendo su nueva novela, se había sorprendido mucho al ver entrar en su despacho a un extraño, a pesar de la severa vigilancia de su doméstico. El desconocido se sentó frente a él y empezó a dictarle qué iba a escribir. Estaba a punto de llamar a François para que lo echara de allí, cuando vio con horror que el intruso era él mismo<sup>8 (p275)</sup>.

El propio Munthe describe que él mismo usó mórfico como sedante. Afecto de períodos de insomnio en diferentes momentos de su vida, más situacional que crónico, en un pasaje nos cuenta cómo buscó alivio al cansancio extremo e insomnio secundario con morfina:

Me puse una inyección hipodérmica de triple dosis de morfina y me abaté en el diván de la sala de

consulta, con la garganta hinchada y cuarenta grados de fiebre. Ana se asustó y quiso avisar al Dr. Erhardt. Le dije que estaba bien, que no necesitaba más que cuarenta horas de sueño y que solo debía molestarme si la casa ardía<sup>8</sup> (p<sup>343</sup>).

No tenemos constancia de dependencia a opiáceos en la larga vida del médico-escritor.

### Discusión

Nuestro autor tiene la ventura de formarse en el lugar más aventajado de la neurociencia del momento. Supo reconocerlo y dedicó gran esfuerzo a su formación teórica y práctica, hasta convertirse en el especialista de enfermedades nerviosas, como él mismo se autodenominaba. Del jovencísimo doctor que triunfa en París son destacables, además de su capacidad de esfuerzo y su formación puntera, su espíritu crítico y su coraje. Solo con estos rasgos podemos entender que cuestionara todo un sistema como el de la hipnosis de Charcot. Se atrevió a contrastarla con la que se efectuaba en otros lugares, a extraer sus propias conclusiones y a denunciar el mal uso y abuso de la técnica terapéutica en la Salpêtrière. Este gesto le costó perder el apoyo de su maestro Charcot. No obstante, pese a su distanciamiento definitivo, el maestro era bien consciente de las capacidades de su otrora discípulo; de hecho, seguía recomendándole pacientes para ser sometidos a hipnosis, y lo hacía con los casos más desesperados, sin tener siquiera la delicadeza de incluir una nota escrita que documentara su solicitud. Parece razonable pensar que el orgullo herido del maestro no le permitía reabrir una relación, aun afirmando de modo tácito la superioridad de Munthe en materia de hipnosis.

Si Munthe es capaz de llegar a establecer indicaciones contrastadas de la hipnosis y a reconocer sus limitaciones, al hacerlo muestra de paso grandes valores que adornaron su vida profesional y personal. Es así que reconoce la homosexualidad como una variante de las tendencias sexuales, de modo que resulta desde todo punto de vista inadecuado plantear terapias médicas. Con ello, se distancia enormemente de las ideas de la sociedad del momento, en la que impera la teoría de la degeneración<sup>5,22</sup>. Los ecos de esta teoría alcanzan la sociología, psicología, antropología y filosofía, por no citar a la literatura, desde la que se impulsan sus primeras críticas. La valentía de Munthe al reconocer variantes sexuales sin sentido jerárquico es sin duda pionera. Su posición con la mujer es también destacable, al equipararla al hombre en cualidades y en valor social, aunque aquí su opinión resulte algo más ambigua por limitar los grandes logros al

hombre y por admitir una tendencia innata a la poligamia como exclusiva del varón. Su vasta vida amorosa le resultaría el mejor aval, aunque poco nos cuente de ella; por sí sola merecería una monografía.

Otro valor destacable del autor fue su capacidad para inspirar confianza y para el acompañamiento del paciente. En la primera, cifra sus éxitos por ser capaz de transmitirla al enfermo, lo que resulta particularmente interesante al desentrañar y tratar trastornos como la histeria con pacientes altamente sugestionables e influenciables. Conocía sus capacidades, pero también la prioridad de sus esfuerzos, que encaminaba en cuanto podía a las esferas más necesitadas de las capas sociales desfavorecidas. Su entrega, altruismo y acompañamiento hasta el momento mismo de la muerte resultan ejemplares, si se tiene en cuenta que se forma en plena efervescencia de la nosografía médica. Sus maestros, con Charcot a la cabeza, se interesan por el paciente en el diagnóstico (clínico y anatomopatológico), pero muy poco en aspectos como el consuelo o alivio del sufrimiento. Munthe lo denuncia sin ambages y se distancia también en esto de sus contemporáneos más brillantes.

Al mostrar una preferencia por los humildes y un desprecio por las riquezas materiales, el médico y escritor toma partido por un modo de vida que nada tiene que ver con el de las élites médicas del momento. En consonancia con el gran desarrollo del modelo capitalista de la época, aparece una clase médica que por sí misma acumula también enormes riquezas y poder económico, influyente en esferas sociales y políticas<sup>5,23</sup>. Munthe apuesta aquí también por distanciarse. Su prestigio, en París, Roma o Londres, le hubiera permitido estar en esa élite. Sus ideales, en cambio, son más espirituales, de desprendimiento y entrega, volcado a la reflexión y seguramente no muy alejado de la experiencia mística en su buscado retiro de San Michele.

La muerte es parte destacada de su quehacer profesional. Ha acompañado a muchos cientos, probablemente miles de pacientes, si se tiene en cuenta su ayuda directa en grandes guerras y catástrofes. Sabe de la soledad y del dolor y se esfuerza por detectar signos inequívocos que sean capaces de evidenciar su presencia. La figura literaria que nos transmite, con él mismo a un lado de la cama del moribundo y la muerte en la otra, es reveladora de su lucha frente a aquella. Sabe que el trance es muchas veces doloroso: le llama de hecho la última operación, la más dolorosa de todas, por tener que pasarla sin anestesia. De aquí que tome partido por el uso generoso de morfina y

de sedantes en ese trance. Y ello siendo él mismo un ferviente católico practicante, otro signo de su valor y capacidad de lucha y resistencia frente a las convenciones y contra la adversidad.

Su conocimiento de la muerte le lleva además a convertirse en embalsamador, aunque sea en circunstancias casi novelescas. Se trata de una técnica en pleno auge en la segunda mitad del siglo XIX. Requería de conocimientos anatómicos y de pericia quirúrgica, necesarias para la conservación de los cuerpos, tan útil para su traslado o para su posterior exhibición. Arrebatarse a la muerte su capacidad corruptora estaba de moda en la sociedad burguesa del momento en toda Europa. Su desarrollo, paralelo al de las sociedades de antropología que se originan precisamente en París con Paul Broca, alcanza también a España. Aquí, el pionero es el Dr. Velasco, un anatomista y cirujano rechazado por la Universidad de Madrid, que alcanza gran prestigio social en la actividad privada con su capacidad para el embalsamamiento, comenzando por el de su propia hija. Funda el Museo Antropológico y con ello genera una leyenda, tal como ha descrito S. Giménez Roldán en una reciente publicación<sup>24</sup>.

Su carácter abierto y expansivo, su exquisita formación cultural y su dominio de varios idiomas le llevan a entablar relaciones con destacadas figuras de la intelectualidad internacional del momento. Merece ser citado en primer lugar Henry James, que fue quien le estimuló a escribir sus memorias, y que tal como en ellas nos describe, le visitaba en San Michele; o Frederic W. H. Myers, psicólogo muy prestigioso por sus estudios laicos sobre la supervivencia más allá de la muerte y amigo de William James, a quién trató en su lecho de muerte. La relación con diplomáticos del más alto nivel, y especialmente los de su país, es descrita con naturalidad por el autor. Como se sabe, llegó a entablar una sólida amistad con la reina de Suecia, que también le visitará regularmente en San Michele. Pero por encima de todo, destaca la amistad con Maupassant, el genio francés que tanto destacó con sus novelas y aún más con sus cuentos. En estos utiliza como elemento fantástico importantes fenómenos visuales del tipo de alucinaciones simples o complejas, así como distorsiones perceptivas de diversos tipos<sup>18</sup>. La estrecha relación con Munthe hace que este sea un conocedor precoz de su obra. Y así podemos entender que en Munthe haya fenómenos de autoscopía o desdoblamiento del yo<sup>25</sup>, más como forma de autoanálisis que con fines fantásticos, o distorsiones perceptivas que

pueden parecer alucinaciones visuales complejas<sup>26</sup>. Coinciden con momentos de oscuridad o luz ambiental muy tenue, y las que tiene al final de su vida aparecen en un momento documentado de reducción de agudeza visual, que le agravaban la luz intensa y la blancura de los muros de San Michele. Es muy probable que se tratara de una degeneración macular senil, con fenomenología clínica de Charles Bonnet<sup>27</sup>. El contenido refleja, como era previsible, las obsesiones religiosas del autor.

La medicina del siglo XIX supo demostrar la realidad de las enfermedades de la pauperidad, de las carencias. Y ello en una época de revolución industrial en auge y desarrollo económico acelerado, en el que el valor monetario es capital para el estatus social médico. Las enfermedades son de pobres y de ricos, como la histeria de la Salpêtrière o las neurosis de la burguesía vienesa de Freud. Munthe es bien consciente de la necesidad sanadora de las bolsas de desfavorecidos, de anteponer la empatía al mero valor económico del acto médico y de saber inspirar confianza. Además, lo practica siempre con una praxis actualizada y del más alto nivel. Hablamos, por tanto, de valores que pueden enseñarnos a todos, y especialmente a los más jóvenes, cualidades de la relación médico-enfermo que deberíamos recuperar.

## Bibliografía

1. Collado-Vázquez S, Cano de la Cuerda R, Jiménez-Antona F, Muñoz-Hellín E. Deficiencia, discapacidad, neurología y literatura. *Rev Neurol*. 2012;55:167-76.
2. Tolstoi L. La muerte de Iván Ilich. Madrid: Alianza Editorial; 2003.
3. Gutiérrez M. Introducción. En: Balzac H. El tío Goriot. Madrid: Cátedra Letras Universales; 2003. p. 11-68.
4. Álvaro LC, Martín del Burgo Á. Trastornos neurológicos en la obra narrativa de Benito Pérez Galdós. *Neurología*. 2007; 22:292-300.
5. Álvaro LC. Lo prohibido: teorías de la degeneración en lo literario, lo biológico y lo social. En: Arencibia Y, Quintana RM, editores. Actas del IX Congreso Internacional Galdosiano; 15-19 Jun 2009; Las Palmas de Gran Canaria. Las Palmas: Cabildo de Gran Canaria; 2011. p. 162-74
6. Bernard C. Introduction à l'étude de la médecine expérimentale. Paris: Flammarion; 1984.
7. Koehler P. About Medicine and the arts. Charcot and French literature at the fin-de-siècle. *J Hist Neurosci*. 2001;10:27-40.
8. Munthe A. La historia de San Michele. Barcelona: La Vanguardia Ediciones; 2011. [The Story of San Michele. New York: E.P. Dutton & Co; 1929.]
9. Munthe A. Lo que no conté en la historia de San Michele [Memories and Vagaries]. Barcelona: Editorial AHR; 1957.
10. Munthe A. Cruz Roja y Cruz de Hierro Hierro [Red Cross and Iron Cross]. Madrid: Editorial Juventud; 1973.

11. Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua [Internet]. Madrid: Real Academia Española [citado 25 ene 2013]. Disponible en: [www.drae.es](http://www.drae.es).
12. Ortega y Gasset J. Introducción a una estimativa: qué son los valores. Madrid: Alianza Editorial; 1983. p. 315-35.
13. Rius J. Epílogo. En: Munthe A. La historia de San Michele. Barcelona: La Vanguardia Ediciones; 2011. p. 457-63.
14. Wiesenthal M. Introducción a la historia de San Michele. En: Munthe A. La historia de San Michele. Barcelona: La Vanguardia Ediciones; 2011. p. 17-25.
15. Laín Entralgo P. Historia de la Medicina. Barcelona: Elsevier, Masson; 2006. p. 500-10.
16. Lancereaux E. La sífilis. Madrid: Moya y Plaza; 1875.
17. Reboul P. Preface. En: Maupassant G. Contes du jour et de la nuit. París: Éditions Gallimard; 1984. p. 7-40.
18. Álvaro LC. Hallucinations and pathological visual perceptions in Maupassant's fantastic short stories. *J Hist Neurosci*. 2005;14:1-16.
19. Todorov T. Introducción a la literatura fantástica. México: Coyoacán Ediciones; 2005.
20. García-Petasek S, García Azorín D, Sánchez Salmador R, Cuadrado ML, Porta-Etassam J. Las alucinaciones y precepciones aberrantes son prevalentes entre la población joven sana. *Neurología*. 2013;28:19-23.
21. Scholtz HG. La ciática. Madrid: Espasa Calpe; 1944. p. 5-29.
22. Verplaetse J. Localizing the Moral Sense: Neuroscience and the Search for the Cerebral Seat of Morality, 1800-1930. Nueva York: Springer; 2009. p. 1-27.
23. López Piñero JM. La Medicina en la Historia. Madrid: La Esfera de los Libros; 2002.
24. Giménez Roldán S. El doctor Velasco: leyenda y realidad en el Madrid decimonónico. San Lorenzo del Escorial: Editorial Creación; 2012.
25. L'Hermitte J. Visual hallucinations of the self. *BMJ*. 1951;1: 431-4.
26. Ffytche DH. Visual hallucinatory syndromes: past, present and future. *Dialogues Clin Neurosci*. 2007;9(2):173-89.
27. Sacks O. Hallucinations. Nueva York: Knopf; 2012. p. 12-32.